

DESARMADERO

Alejandra M. Boero Serra

Índice

MITOLOGÍAS	5
Ícaro volando	6
Troyana	7
Último ardid	8
Espejismos	9
El grito	10
BIBLIOMANCIA	11
Amantes	12
El catalogador enamorado	13
Ceremonias	14

CUENTAS PARA UN TESBISH 15

DESARMADERO 102

PROEMIO 103

I

II

CÍRCULO PRIMERO 104

I

II

III

IV

V

VI

CRUCE 108

I

II

III

IV

V

VI

ORILLA 111

I

II

III

IV

V

VI

MAR ABIERTO 113

I

II

III

IV

V

VI

LO ÉXTIMO 115

CODA 124

Mido la herida en su dolor.
Callo la fragilidad del daño.

MITOLOGÍAS

Ícaro volando

A A. M.

¡Qué peso el de la ingravidez! Sucede que, por un momento -no importa cómo lo midamos-, quedamos suspendidos. Lo que sorprende, un poco después -no importa cuándo suceda, ¡pero sucede!- es que la altura quema. Caemos.

Arriba la presión corrompe las coordenadas -las que no fueron previstas, las que enfocan la mirada: huellas en desorden - que permite el resplandor fugaz...

Los ojos van cayendo. El cuerpo se relaja y deja que las pupilas se contraigan y dilaten la revelación:

Que los párpados amortigüen la pendiente. Que las pestañas filtren el tránsito.

Que el rostro se haga cargo.

Una sonrisa se precipita: la desobediencia.

Se derrite la cera. La sombra del padre se aleja. Ícaro ya no es Ícaro.

Se liberan tus alas. ¡Ícaro! ¡Vuelas!

Hay ruidos profundos. Crujen los cartílagos. Los músculos duelen. Hay extensiones de arterias que se abren. Y se desangran.

En el centro un abismo se prolonga. Y salta. Y juega. Y nos destruye. Se abren los sentidos.
Un soplo. Un respiro.

Llegamos. (Llegamos).

Troyana

Cassandra habla.
Deambula su voz fantasma
sobre las calles amuralladas.

Troya, su ciudad,
la ignora.

Hay ecos sin resonancia.
Galopes nocturnos de madera letal.

El sol se pone extramuros.
La luna no detiene la emboscada.

Yo, Cassandra, corro
descalza, desnuda.

Yo, Cassandra, dejo mi boca
entre estas piedras.

Último ardid

Sus gritos barren la noche.

Decide destruir el mundo.

Arma su garganta y dice:

«Mi voz se perdió en el mar,

siento cómo se entonan mis versos.

Mi nombre será Nadie».

Espejismos

El agua abre círculos
bajo el rostro de Narciso.
El reflejo sostiene su mirada
y la recorre.
Muestra un cementerio,
un orden de lo ancestral.

Rostro y reflejo se funden
como el hierro en la fragua.

Narciso no se reconoce
en esa alquimia.
Una geografía de espasmos
describe su lucha.

El recuerdo de pútridos naranjos
y retorcidas herrumbres
desarma su belleza.

En sus ojos, la muerte.
Negadora.
Familiar.

El grito

Hoy mira el círculo fatal en el que los hombres la inscribieron.
Pálido terror de los dioses,
mirada de indescifrables reflejos.
¿Puede una mujer intuir el universo?
¿Cómo encontrar el centro, donde todo es lo mismo y lo otro, desde la fatua mirada del deseo?
Sus días en el templo traían voces de odio y de impotencia.
Pudo ver un escudo, un trofeo,
la inevitable cercanía de la traición,
un rostro desfigurado y un puñal.
Una sola mujer ha muerto en manos de Perseo.
Una sola mujer sigue muriendo, aterrada, aterradora.
¿Puede la sangre volverse destino?
Cree recordar, en el bruñido metal, el grito de su verdugo.
Medusa, la mortal, la protectora, ignora la venganza, pero no a su descendencia.

BIBLIOMANCIA

Amantes

Paolo y Francesca leen.

¿Qué texto los incluye y los pierde?

Saben que están en el infierno.

Allí los gestos del amor,

la escritura de la desobediencia,

sus voces que anulan cualquier traición.

El catalogador enamorado

(En 2017, en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Mariano Moreno, Juan Carlos Sánchez Sottosanto descubre el fragmento de un poema amoroso)

Es de mañana en la Sala del Tesoro de mi Biblioteca.
Es también un juego de esta historia que se niega al anonimato.
O es quizás la botella al mar que interrumpe mi naufragio.
Un fragmento escrito en el siglo XV tensa el rigor de mis inventarios.
Siento en mis manos el espesor de las nervaduras de estas cinco hojas de palma.
Si pudiera entrar al Reino de Kotte. Pero Ceilán ya no es Ceilán.
No fui el escriba. No fui su amada. Nada sé de su lengua.
Sin embargo, me escriben. Y yo enmudezco.
Nunca sabré cómo el pasado nos espera y llega.
Hoy soy el albacea de una pasión todavía intraducible.

Ceremonias

¿Alguien sabe lo que esconde esa hebra
tomada en la ladera más lejana
del país de la seda?
¿El sopor de las tazas
precipita en Oriente
ceremonias que se vengan
del sabor del tiempo?
Tampoco eso será revelado.

Cuando una gota toque la lengua
y la garganta abra paso a lo desconocido
otro ritual escandirá las borras,
otra taza compartirá el desconcierto,
otra lengua probará los vestigios:
la restauración de lo inacabado,
las palabras en suspensión permanente.

CUENTAS PARA UN TESBIH

Piso la línea
divisoria
y acerco, con mi pie,
ese vacío
que aparece infranqueable.

Me acerco al arroyo
y dibujo,
en su orilla,
la opacidad
de la sed.

Desato entre los dedos
una imagen que recorre
esa historia
siempre postergada.

Cruzo las calles.
Perdida me oriento
por el perfume
de mis derrotas.

Inscribo en los bordes
mi voz pausada.
Recorro,
en el abismo,
la palabra
que me nombra.

El trazo de mi escritura
tambalea.
Mi mano arrastra
la letra
que se quiebra.

Una pluma se posa
y mis dedos toman
una piedra.
Vuelo sobre una palabra
que se cae.

Escribo
en el desierto,
con precisión de calígrafa,
el grano de arena
que precipita
la tempestad.

El lugar del rescate:
el punto equidistante
que corta el hilván
donde alguna vez
bordaron mi nombre.

Tenso el hilo del discurso.
Colapsa lo armado en las frases.
Una historia que viene de lejos,
tal vez familiar,
se cuela en la trama.

Tintes vegetales, dijiste.
Jugos prensados
que destilan,
en mis manos,
raíces amargas.

Tiento al destino.
Desvelo un futuro que,
inconfeso,
retornará a mis manos.

La barca fondea en la bahía.

Suelto los remos.

Veo cómo se mece la tierra.

Cómo el cuerpo aquieta las aguas.

Me veo cosechera,
recolectora golondrina
de palabras
seltas.

El estornino
interceptó
mi mirada.
Juntos supimos
que una tormenta,
rápida y liviana,
filtraba
el aire.

Tomé de tu espalda
el roce de mis manos.
En tu piel,
brújula vikinga,
imanté mis naufragios.

Roen estos días
las miradas
de un mundo
que se abandona
al silencio.

Últimamente todo es inestable.

No, menos que antes.

Sí, más decisivo.

Mis caderas se dislocan.
Algo anuncian estos huesos que,
al romperse,
enturbian el equilibrio
de las mareas.

Cómo decir que miro
el horizonte
y que es mi cuerpo,
frágil e indomable,
el que regresa.

Las mañanas de precipitan
sabor de mate amargo,
notas a pie del mundo.
Carpe Diem. Memento Mori.
Lengua de gatos que se frotan
sorbando la intimidad del paisaje.

Tropiezo, lo sé,
con mis fantasmas.
Me acongoja sentir, a veces,
el latido ávido
de la derrota.

Las puertas se entornaron
y con ellas el paso silencioso
del instante aquel.
Después el golpe
intrascendente
de las elucubraciones.

Se sucede la llanura
inmutable
y en su mirada
nuestro viaje
es infinito.

Las noches tienden al sueño
o al exilio.
Tropiezan en los pies
imágenes inenarrables.

Sé que he estado
esperando esa señal.
Un gesto que ilumine
las huellas.

Hay un nudo
que interrumpe
la palabra
que puede cambiar
todas las coordenadas.
Esa venda en la herida
que impide
la cicatriz.

Acaricio la memoria
y encuentro en ese roce
la rugosidad, el pliegue.
Una lengua que saliva
el envés de la mirada.

Insiste en mi memoria
el vértigo
de un cuerpo
que se acerca.

Salto,
lebrez herida,
la trampa
de las certezas.

Un cuerpo se rebela.
Yo tomo de él,
con manos ciegas,
una ofrenda
que me niega.

La flor del hibiscus
regresa a nuestras vidas.
Penetra en lo abierto,
cálida y roja,
su anhelo inexorable.

En la superficie
alcohol y esparadrapo.
Cerrar los labios
en la herida.
Sentir el tajo,
su decir,
jugando la partida.

Volcanes extintos nunca.
Rumor de mar, olas peregrinas.
Aves migratorias que traen,
con sus alas,
la sal, la sed, el fuego.

La baraja en mis manos
es solo un arcano desorientado.
Una proyección
de la fe perdida.

Cercar con palabras
la ausencia.
Sintonizar el cuerpo cálido
de la espera
con el hiato de la voz.

Un viaje por rutas fantasmas
me trae en solitario
al umbral de una casa
que recobro
amorosamente
mía.

Unto mis yemas,
acaricio el lienzo.
Lo que allí sucede
enciende los cuerpos.

Encendí con un fósforo
el tronco nudoso
de un árbol
caído.

Olvidé que adentro
me esperaba,
encendida,
una estufa.

La intemperie
y el cobijo
y el fuego
de la soledad.

Una mota de polvo
sacude,
sin disimulo,
el rostro impasible
de tanta insensibilidad.

La línea se rompe
y en los fragmentos
se tensa, entera,
esa pausa.
El hoy.

Este otoño es una conspiración
de hojas sueltas y lejanías.
Como el olor y el álgebra
de ese verano.
Un torbellino que amanece.
Y no cesa.

¿Dónde pegar la rabia?

¿Dónde descargar el golpe?

¿Dónde olvidar que nada pasa?

¿Adónde volver si ya somos los idos?

Entre el hibisco,
dos colibríes desafían
al invierno.
También al viento
que intenta
debilitar sus alas.

La gata mira,
desde su atalaya,
cómo todo sucumbe.
Su cuerpo toma las formas
del presente
y acomoda,
en los escombros,
la huella
de la reconstrucción.

La amenaza de un cortocircuito
alerta la resistencia de la casa.
Sus moradores,
por pasadizos secretos,
seguirán encendiendo
las lámparas.

Unto mermeladas en la tarde.

Siento cómo los pasos

se dulcifican.

Cómo una voz que sacia

unta mi lengua.

Toco espacios que duelen.
Son escoriaciones del paisaje.
Arterias de una geografía
en descontrol.

Las manecillas del reloj
caen en rotación inversa.
El tiempo no coagula.
Las cuerdas no resisten
una vuelta más.

En el interior de esta fábula
los monstruos sucumben.
Montan en espejismos su eficacia.
Azuzan, en el desierto, un oasis
que denuncia su emboscada.

La piel es un bordado de latidos,
ovillo punzante en el ojo
del mandala.

Un centro que muerde la vida,
un borde que ladra a la muerte.

Migraron los graznidos agoreros.
El día se estrena en esta mansedumbre.
El pronóstico anuncia cielo despejado.
Volaremos bajo.
El aterrizaje está enunciado.

Configuro, cual rabadomante,
una fuga a las noches del desierto:
al arpón del escriba,
al mito de la adormidera,
al dulzor untuoso del dátil,
al raspón de la primera huella.

Fijo en los picaportes
un señuelo.
Vendrán, lo sé, las manos
inquisidoras.
Cederán a la ley que dice:
“caerás”.

Animal de arena soy.

Hay un termómetro en mí.

Habito en el incendio de los días.

Me arrogo el crepitar de mis noches.

Animal de arena soy.

Y de soledad elocuente.

Cuezo, en mi marmita,
las hojas caídas del jardín.
Un engrudo de fibras y colores
me tientan a amasar lo que será,
reposado y tibio,
lugar de incisión de la palabra.

Corro la mirilla,
ahueco la voz.
El ojo que me mira
se agranda.
Calibro los golpes en la aldaba,
los pasos que se aquietan,
el repliegue de párpados que,
junto a las hojas,
se entornan.

Tiendo redes en la costa.
Huelo el mar restregándose
en la trama.
Bordo peces en los nudos.
Suelto hilos en la marejada.

Disfruto caminar por este bosque.

No me resulta orientarme.

Hay imanes en los troncos,

celajes entre las hojas,

en los frutos

un deseo resbaloso.

Mis pasos se apoyan,

en el suelo,

sin fisuras.

El punto de mira fuga.

Se invierten rostros,

se deslizan rastros.

Un escorzo en el camino.

También la llanura se pierde.

Acostumbro mirar a los ojos.
Me gusta detenerme
en los ángulos que,
a punto de quebrarse,
liberan de proyección
a los cuerpos.

Conservo un paraguas viejo,
inútil pasaporte de lluvias que,
en el pronóstico familiar,
supo capear la intemperie.

Poso las yemas sobre esos líquenes.
Absorbo, en su humedad,
las memorias del suelo.
La fiebre aparecerá después.
Y, nuevamente, la viscosidad del tiempo.

El río concentra su mirada oscura.
Un lago suelta, en sus aguas, sal.
Un plano secuencia cancela las orillas.
El pez, ya sin anzuelo,
boquea su desmoronamiento.

La nena comprende el desvarío.

Suelta su cabello.

Las tijeras apuran el trance.

La belleza no perdona.

El caballo se entrega al galope.
Corre en sus belfos la victoria.
Sus patas no pueden ver,
menos aún presentir,
que la pista es de todos.

Ayer nomás, contaba los intentos.
Calibraba el fiel entre tropiezo y contusión.
Tiró de su caja de herramientas.
Lo retaba la inminencia del viaje,
el colapso de llaves desvencijadas.
Cruzó el muro al atardecer.

Quiere volver a ese primer día.
Sentir el nudo en las tripas,
el sudor,
el frío del pupitre
y la prolijidad del renglón.
Escucha
y tacha.
La vida está en otra parte.

Oye pasos, adelanta un pie.
Se acomoda el cabello.
Muestra las orejas desnudas,
la mirada sin maquillar.
Se afirma sobre el espejo roto.

Olvida la mesa tendida,
la cama deshecha,
el billete ganador.
No recuerda el gesto.
Se lleva la última palabra.

«Alejarse de la línea amarilla».

¿Moriría pasajero en tránsito?

Sentado en el vagón, sonrío.

Viaja sobre la metáfora de las señales.

Esperó que las luces se apagaran.
El patio era caja de resonancias.
Su cuerpo envidiaba el temporal.
La lluvia sabía cosas que ella no.

No pregunta por el corte.

Duda

entre navaja

o tijera.

Corre

la desnudez

al cuello.

Las puntas,

seltas,

en el piso.

Dejó las manos
en suspenso.

Miró,
al pasar,
la agenda.

La tarde venía tranquila.

El incendio
podía esperar.

Confirmo,
en cada perla,
el trabajo de la arena,
la remezón de la sed,
la anacronía de lo bello.
Todo lo que brilla
duele.

Intentaron romper el lápiz en su boca.

Interpuso un espejo

y pensó.

En la buhardilla,

cotejó los ángulos,

sometió las miradas a su voz.

En el principio no fue la palabra.

Sabe que el edén es un mito y el futuro, otra fantasía.

El universo, más sabio, desbarata su imperio.

La soledad es una ciudad que acecha al soñador.

El hombre no olvida que el tiempo es finito.

Como soñador, cuida sus flores;

cultiva, en la guerra, su apostasía.

Esculpen y quiebran sus alas.
Los cuerpos repiten el vuelo.
Dicen desconocer la pregunta.
¿Cómo después de?
Morder el polvo es nuestra venganza.

Las ciudades crecen como crece el hambre.
El mar se angosta, ya sin horizontes.
Un extranjero arroja su única semilla.
Soy humana cuando miro el olivo milenario.

Los puertos se cierran.
Las mujeres callan la rompiente,
dejan que sus perfumes caigan.
Los peces mueren eviscerados.
El mar retrocede,
los días siguen su curso.

Ahueca la almohada y sopla.
El aliento sostiene un nombre.
La tela atrapa, muda,
partículas elementales
que desconocen el sueño.

Descubrimos el arroyo
rumbo al cerro.
El corte visual de la montaña,
el sonido del agua en las piedras
no nos engañan.
Recuperamos un paisaje.
Los jotes guían el vuelo en la mañana.

La peste invita al carnaval.
Las resistencias del cuerpo
toman las calles,
las pueblan.
Hay un desquite festivo.
Las lenguas danzan.

Pistas falsas

La necesidad de creer

Me dejan lamiendo

Un espejismo.

El rostro que dibujé

En el aire.

En altamar los barcos zozobran
sin amarras.

Esa noche supimos
que elegir el naufragio
era llegar a la orilla.
Marcar con la última brazada
otro horizonte del adiós.

Las brasas demoran los cortes.
Hay quien desconoce el sabor de la carne,
la potencia de los dientes.
En el patio de los asados,
una mujer espera.
El hombre sigue siendo niño.
La carne, una delicia no consentida.

DESARMADERO

Proemio

I

La memoria se activa.
La gata lame mis manos.
Me siento y escucho.
Su lengua traza un mapa,
levanta, con fruición, mi piel.
Oigo puentes rotos,
rutas no transitadas.

II

Los gatos me asustaron muchos años
como la rueda gigante
y las montañas rusas de los parques.
La niñez con mascotas y juegos
fue una casa cercada con hierros.
Forja de Vulcano.
Palacio de Minos.
¿Cómo se habita un volcán en erupción permanente?
¿Cómo se desafía a Teseo?
¿Cómo se desalienta a Ariadna?
¿Cómo sobrevivir Minotauro?

¿Cómo rescatar, hoy, el ronroneo y el vértigo?

Círculo primero

I

La bienvenida no fue auspiciosa.
Rostros marcados por la decepción
mecieron una cuna equivocada.
¿Hubo o no resignación?
El hierro es maleable, pensaron.
¿Hay herraduras para marcar la suerte?
Desestimaron los cálculos y el error.
Omitieron la química.
Olvidaron la dureza del aliento,
el magnetismo de los sueños,
los tintes del óxido,
las huellas de un cuerpo.

II

Los patios no siempre invitaron al juego.
¿Dije niñez?
Vi asomarse los ojos,

los brazos del tapial familiar.
Corrí espasmos.
A ras de suelo
busqué el hueco,
el patio,
la niñez,
los juegos de niños.

III

Nunca juego a las muñecas
aunque escriba el libreto.
Leo con credulidad
los dictados de mi imaginación.
Conjuro, en días de lluvia,
un trazo antiguo.
Actúo una herida de espina
en toda la casa.

IV

Quedar en territorio hostil
rendida ante un adversario
que no presenta batalla.

La granada hierde
la sola piel
que sigue estallando.

O

Mover las sombras.

Recuperar las llaves
que pierdo
cada vez
que tocan
a mi puerta.

V

La espera en el vacío.

Tantos puntos de fuga
hasta encontrar
el lugar
donde se juega
el deseo.

VI

Del lado de la debilidad
quedan los años
que no cruzaron
el umbral del miedo.

La lengua como vacío.

La poesía como tránsito.

CRUCE

I

Tengo que volver.

En la oficina
nadie sabe
que estoy
escribiendo.

Recibo mensajes.

La precisión de los números
golpea un teclado devaluado.
Las cuentas cierran.

Yo sigo llegando tarde.

II

El cuerpo reconstruye
la forma de la espera.

Las horas.

Son cuatro.

No.

Son seis.

Tiempo
dividido
del deseo.

Ágil y directo
como un mirlo.
O punzante
como agujas de reloj.

O vuelo
retenido
en secreto.

III

Planos secuencias
de un día
cualquiera.

El empleo del tiempo
jamás recuperado.

IV

Llego como todos los días.

Me siento, levanto la piel,
veo correr la sangre.
Busco en los coágulos de voz,
en el borboteo de las palabras,
los juguetes rotos
de la infancia.

V

Palabra faquir.

Otra voz
fluye
en mis manos.

Otra lengua
circula
por mi cuerpo.

VI

Velos que pruebo
cual simulacro.

Ficciones.

ORILLA

I

Encender la lectora
pulsando el cierre
de todas sus alarmas.

II

Quien escribe
trama la cura
en el laberinto
de sus pasiones.

III

Sólo un as.
El recuerdo
en mi memoria.

IV

Mis cartas
como pisadas en la arena
después de cada tirada.

V

Quien arma esta guerra
debería saber
que el adversario
es su sombra.

VI

Hubo miedo,
silencio,
intemperie.

Una voz
los neutraliza.

MAR ABIERTO

I

La brisa
empuja
puertas
y ventanas.
Los postigos
se corren.
Las cerraduras
se funden.
Los pasillos
se abren
a la marea.
En este desconcierto
un centro
regresa.

II

Desconozco los gestos de las mareas.

III

Una caricia transmuta.
Es por ella que me sumerjo.
Me preparo para pisar la arena.

IV

El contacto de la piel
en el agua
drena finales
siempre
anunciados.

V

Esparcir
las cenizas
de campos
minados.

Ver caer
el atardecer
en la orilla.

Ser luna que crece.

Amanecer.

VI

Los sueños
se atreven,
hoy,
a cruzar
el umbral
de las viglias.

LO ÉXTIMO

Llego hasta el delta para verte.
La costa dibuja tu sombra.
Descubro las cañas.
Me hablabas de pesca,
Extrañabas el silencio del mar.
Estás ahora en aguas dulces.
El gran pez descansa en tus alforjas.
El río es puro rumor turbulento.

El tiempo sostiene un horizonte lejano.

Veo la casa ahogarse en la llanura.

El aire es celaje de perfumes ausentes
y distancia.

El oráculo solo dice la pena.

Sigo dibujando el instante,
la desorientación de las líneas.

Mis manos trazan la curva.

Justo detrás del último punto,
tiembla una línea

recta,

muda,

infinita

La caracola susurra,
en mi oído,
la historia del pescador.

En sus manos,
el arte de la pesca.

Su barca,
un libro de aventuras,
borradores,
unas notas a pie de página.

En esta orilla,
siempre es lunes
y llueve
y hace frío.

Es noche de noctilucas.

Un barquero zarpa.

Llega el tiempo de la cosecha.
Morgana enciende la hoguera,
talla una calabaza
e invoca a Odín.
Comerá la castaña.
Él vendrá a mitigar el invierno.
Celebrarán,
sabios y guerreros,
otra despedida.

El amor, decías,
«¡sucede!»
Supimos que el camino
ha sido propicio.
En tiempos de pestes
y encierros programados
los sistemas fallan.
*Lo blando vence a lo duro;
lo suave, a lo rígido.*

La mudanza comenzaba.
El viaje estaba en marcha.
Quemábamos las naves.
La literalidad vino,
con su cono de sombra,
a desterrar
las metáforas que creábamos.

Las palabras remiendan,
al bies del sentido,
tu partida.
Cada puntada,
en esta lengua,
descose la ausencia,
los hilos del adiós,
la escritura del duelo.

CODA

Vamos a hablar.

De poética.

Digo.

Hablar.

Del tratamiento directo.

De la cosa.

La miel, por ejemplo.

De la importancia, o no,
de la flor.

Quién recibe el perfume.

El néctar del elogio,
a quién se entrega.

